

Medalla de oro



Pedro Martín González

Acababa de llegar.

Durante dos semanas habíamos estado inmersos en un Gasshuku en el que habíamos trabajado numerosas variables de las viejas Artes Marciales.

Amigos y amigas procedentes de diferentes ciudades del país nos volvíamos a reunir con nuestro maestro, para estudiar, dilatar y aprender aquello que siempre habíamos amado con sinceridad.

El recorrido, desde el inicio de las primeras jornadas hasta el último keiko, había sido físicamente exigente, pero técnica y espiritualmente del todo satisfactorio.

Después de quince intensos días regresaba la calma a mi cotidianeidad y un más que merecido descanso aparecía de nuevo para ayudarme a recuperar energías, aunque, no obstante, hacían remolinos en mi memoria inmediata los nuevos conceptos aprendidos, el análisis minucioso del trabajo, los detalles descubiertos en las secuencias de los katas, la velocidad y potencia de las ejecuciones.

Sí, la sensación de autenticidad de aquellas formas de Budô y Bujutsu nos había aportado muchas satisfacciones en el transcurso de dos trepidantes semanas.

Después de comer, me topé con un libro, al que regreso de tiempo en tiempo para volver a aprender, con su lectura, de los análisis que en él vierte su autor.

Cometí, quizá, un error haciendo un alto en mi tarea y encendiendo el televisor, pues me encontré en la pantalla con una estampa que, aunque distorsionada, abundaba en el fondo crítico de mis lecturas. En efecto, se retransmitía el Campeonato de Europa de Karate y nuestros representantes eran serias opciones de medalla.

Primeramente, vi a un equipo de árbitros que, perfectamente uniformados, conformaban una línea para dirigir un saludo formal. Todos, al alimón, ejecutaron ese compromiso de respeto con el público asistente y, posteriormente, hicieron lo propio con los competidores.

Tomaron asiento con diligencia e inmediatamente la cámara desplazó su atención hacia un extremo del recinto desde el que, con marcado aire marcial, iniciaba su recorrido hacia el tatami central un equipo compuesto por jóvenes karatekas capitaneados por su líder.

El grupo estaba formado por tres hombres pero, a decir verdad, parecía estar configurado por un solo individuo pues, no solo la sincronía de sus pasos, gestos y miradas eran una, sino que también reunían en una sola entidad: vestimenta, morfología, aspecto.

Simultáneamente a esto, el conjunto contrario hacía su aparición por el extremo opuesto del estadio siendo tal el ajuste de los tiempos que ambos grupos llegaron al tapiz en el momento preciso en el que aquellos, que serían sus rivales, lo hacían.

Reunidos los contendientes, iniciaron su demostración quienes resultarían, al final del torneo, triunfantes en la lid.

Al compás del grito desgarrador de su capitán los tres karatekas realizaron un kata increíblemente ajustado, riguroso y preciso.

Aquellos movimientos más que inverosímiles -por dificultosos para el común de las personas- habrían sido estudiados, trabajados y conseguidos hasta rozar la perfección. No habría habido tregua para el esfuerzo, tampoco habría estado permitido el más mínimo fallo o error. El resultado de todo aquel esfuerzo fue una ejecución impecable.

Inmediatamente después se desató una guerra entre los tres jóvenes componentes del equipo. Se trataba de explicar a los espectadores en qué consistía aquel ejercicio que los había quedado ensimismados, sacando del interior de aquellos miles de seguidores tantos vítores, banderas, canciones, exaltaciones, sensaciones.

Sobre la inmensa superficie de color azul del tatami central y a un ritmo trepidante los deportistas saltaron, lanzaron, golpearon, gritaron, derribaron y triunfaron sobre sus adversarios.

No hubo una sola mácula, ni un pequeño atisbo de duda o confusión. Aquellos tres hombres eran, a todas luces, los futuros campeones de Europa de Karate en la modalidad de Kata por equipos.

El comentarista invitado, exultante, informaba del logro conseguido para el deporte español, augurando un futuro más que prometedor para el Karate nacional, pues la cantera emergente de jóvenes promesas hacía presagiar unos éxitos sin precedentes en las próximas citas que habrían de llegar.

Retuve el canal sintonizado hasta el final de la muestra -y esto a pesar de las dificultades que semejante opción suponía para mí- pero evité demorarme y continuar con la retransmisión deportiva, aunque esa decisión eliminara la posibilidad remota de escuchar un nombre conocido, ver a alguien a quien pudiera recordar o, más sencillo aún, observar, simplemente, en la televisión pública algo que me recordara al Karate.

Imposible. Raudo y veloz, apagué el televisor.

Podía entender que la deriva que han tomado las Artes Marciales es la misma que ha tomado nuestra sociedad, y ser consciente de que esa transformación, que han experimentado los tiempos, ha afectado también a estas formas artísticas.

Podía comprender las necesidades de expansión, popularización, diversión o consumo que la vida, que todos vivimos, nos obliga a aceptar y asumir, y que de una manera similar las federaciones deportivas abren mercados sin escrúpulos, haciendo caja en un mundo global que atiende, casi en exclusiva, a los números, por encima de los principios.

Podía razonar el momento y el contexto, extraer lo cierto de lo inverosímil, aceptar lo evidente, meditar sobre el impulso irrefrenable del devenir, analizar un futuro que ya está aquí.

Incluso, podía decir que sí, que aquel equipo era claramente el vencedor del torneo, que no tenía rival, que estaba alejado -y muy por encima- de su adversario más inmediato y que dado el nivel técnico que mostraban todos sus componentes era más que seguro que volvería a repetir una posición semejante en el Mundial que se acercaba.

Sí. Podía afirmar todo eso.

Afirmaba que habíamos ganado el Campeonato de Europa de Karate en la modalidad de kata y que ganaríamos, también, el Campeonato del Mundo.

Pero, además de esto, afirmaba que no había ya vuelta atrás y que habíamos perdido, definitivamente, el viejo Karate tradicional.

Kenshinkan dōjō 2018